LIBRO dot.com

EL PAGANO

Jack London



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Lo conocí en una tempestad, y aunque la capeamos en la misma goleta, sólo lo vi cuando ésta se hizo pedazos bajo nuestros pies. No cabe duda de que lo había visto con el resto de la tripulación kanaka a bordo, pero no tuve conocimiento consciente de su existencia, pues la Petite Jeanne se encontraba más bien atestada. Además de sus ocho o diez marineros kanakas, su capitán blanco, el primer oficial y el sobrecargo, y sus seis pasajeros de camarote, zarpó de Rangiroa con algo así como ochenta y cinco pasajeros de cubierta, gente de las Paumoto y tahitianos, hombres, mujeres y niños, cada uno con una caja de mercancías, para no hablar de las esteras para dormir, las mantas y los atados de ropas.

La temporada de pesca de perlas en las Paumoto había terminado, y todos los pescadores regresaban a Tahití. Los seis pasajeros de camarote éramos compradores de perlas. Dos eran norteamericanos, uno Ah Choon (el chino más blando que jamás conocí), uno alemán, uno judío polaco, y yo completaba la media docena.

Había sido una temporada próspera. Ninguno de nosotros tenía motivos para quejarse, y tampoco ninguno de los ochenta y cinco pasajeros de cubierta. A todos les había ido bien, y todos anhelaban un descanso y pasarlo bien en Papeete.

Es claro que la Petite Jeanne estaba sobrecargada. Sólo tenía setenta toneladas, y no podía llevar un diezmo de la multitud que trasportaba a bordo. Debajo de las escotillas se hallaba repleta de madreperla y copra. Era un milagro que los marineros pudieran manejarla. Imposible moverse por los puentes. Se trepaban a las barandas y circulaban por ellas de un lado a otro.

Por la noche caminaban sobre los durmientes, quienes alfombraban la cubierta, lo juro, en una doble capa. Ah, y además había en cubierta cerdos y gallinas, y sacos de ñame, en tanto que todos los lugares concebibles se hallaban festoneados de hileras de cocos y de racimos de bananas. A ambos lados, entre los obenques de proa y mayor, se habían tendido cuerdas, lo bastante bajas para que la botavara de proa se balancease con libertad, y de cada una de las cuerdas colgaban por lo menos cincuenta racimos de bananas.

Prometía ser una travesía engorrosa, aunque la hiciéramos en los dos o tres días que harían falta si hubieran soplado los alisios del sudeste. Pero no soplaban con fuerza. Después de las cinco primeras horas se redujeron a lo que podría conseguirse con un par de docenas de abanicos. La calma continuó toda la noche y al día siguiente; una de esas calmas inmóviles, vítreas, en que el solo pensamiento de abrir los ojos para observarla basta para darle a uno dolor de cabeza.

El segundo día murió un hombre de las islas de "Pascua, uno de los mejores buceadores de esa temporada en la laguna. Viruelas... eso fue, aunque no entiendo cómo pudo llegar la viruela a bordo, si no existían en tierra casos conocidos, cuando salimos de Rangiroa. Pero ahí estaba: viruelas, un hombre muerto y otros tres yacentes.

Nada se podía hacer. No podíamos segregar a los enfermos, ni atenderlos. Estábamos apiñados como sardinas. No quedaba más que pudrirnos y morir; es decir, no hubo ya nada que hacer después de la noche que siguió a la primera muerte. Esa noche el primer oficial, el sobrecargo, el judío polaco y cuatro buceadores nativos se escurrieron en la ballenera. Nunca volvimos a oír hablar de ellos. Por la mañana el capitán desfondó los botes restantes, y ahí estábamos.

Ese día hubo dos muertes; al siguiente, tres, y después saltaron a ocho. Era curioso ver cómo lo tomábamos. Los nativos, por ejemplo, cayeron en un estado de mudo e imperturbable temor. El capitán -se llamaba Oudouse, era francés- se volvió muy nervioso y voluble. En verdad tenía crispaciones. Era un hombrón carnoso, que pesaba por lo menos noventa kilos, y pronto se convirtió en fiel representación de una temblorosa montaña de jalea y grasa.

El alemán, los dos norteamericanos y yo compramos todo el whisky escocés y nos dedicamos a mantenernos borrachos. La teoría era hermosa: a saber, que si nos

conservábamos empapados en alcohol, cualquier germen de viruela que entrase en contacto con nosotros quedaría inmediatamente convertido en cenizas. Y la teoría funcionó, aunque debo confesar que ni el capitán Oudouse ni Ah Choon fueron atacados por la enfermedad. El francés no bebía, en tanto que Ah Choon se limitaba a un solo trago diario.

El tiempo era una hermosura. El sol, que se movía hacia su declinación septentrional, se encontraba encima de nosotros. No había viento, aparte de las frecuentes borrascas, que soplaban con ferocidad, entre cinco minutos y media hora, y terminaban empapándonos de lluvia. Después de cada borrasca salía el espantoso sol, y arrancaba nubes de vapor de los puentes cubiertos de agua.

El vapor no era bonito. Era el vapor de la muerte, cargado de millones y millones de gérmenes. Siempre bebíamos otro trago cuando lo veíamos subir desde los muertos y los moribundos, y por lo general bebíamos dos o tres más, y los preparábamos de una pureza excepcional. Además nos tomábamos la costumbre de beber varios otros cada vez que arrojaban los muertos a los tiburones que merodeaban en nuestro derredor.

Pasó una semana y el whisky se terminó. Y fue mejor así, porque de lo contrario no estaría vivo. Hacía falta un hombre sobrio para pasar por lo que siguió, como admitirá cuando mencione el hecho sin importancia de que sólo dos hombres se salvaron. El otro era el pagano... por lo menos así lo oí llamarlo al capitán Oudouse en el momento en que tuve conciencia por primera vez de la existencia del pagano. Pero volvamos al relato.

Era el final de la semana, el whisky se había acabado y los compradores de perlas estaban sobrios, cuando se me ocurrió echar una mirada al barómetro que pendía en la escalera de cámara. Su registro normal en las Paumoto era de 29,90, y resultaba muy usual verlo oscilar entre 29,85 y 30,00, o inclusive 30,05; pero verlo como lo vi yo, en 29,62, era suficiente para infundir sobriedad en el más ebrio comprador de perlas que jamás haya incinerado microbios de viruela en whisky escocés.

Llamé la atención del capitán Oudouse al respecto, y la única respuesta que recibí fue la información de que hacía varias horas que lo veía bajar. Había poco que hacer, pero ese poco lo hizo muy bien, dadas las circunstancias. Arrió las velas ligeras, dejó el barco apenas con las lonas de tormenta, tendió líneas salvavidas y esperó el viento. Su error consistió en lo que hizo después que llegó el viento.

Viró sobre la borda de babor, que era lo correcto al sur del Ecuador si -ese fue el problema-, si uno no estaba en el trayecto del huracán.

Y nosotros estábamos en el trayecto directo. Lo vi por su firme aumento y por el descenso igualmente firme del barómetro. Le dije que virase y corriera el viento en la cuadra de babor, hasta que el barómetro dejara de caer, y que después se pusiese a la capa. Discutimos hasta que quedó reducido a un estado de histeria, pero no quiso moverse. Lo peor fue que no conseguí que los demás compradores de perlas me apoyaran. ¿Quién era yo, de todos modos, para saber, acerca del mar y sus costumbres, más que un capitán diplomado? Yo sabía que eso era lo que pensaban.

Es claro que las olas se elevaron espantosamente con el viento, y jamás olvidaré las tres primeras que cayeron sobre la Petite Jeanne. No obedecía al timón, como ocurre a veces con los barcos, cuando se los hace virar, y la primera ola le dio de lleno. Las cuerdas salvavidas eran sólo para los fuertes y sanos, y de poco les sirvieron, ni siquiera a ellos, cuando las mujeres y los niños, las bananas y los cocos, los cerdos y los cajones, los enfermos y los agonizantes, fueron barridos en una masa compacta, chillona y gimiente.

La segunda ola cubrió los puentes de la Petite Jeanne hasta las barandillas, y su popa se hundió y su proa trepó al cielo, y toda su mísera carga de vidas y equipajes se derramó hacia atrás. Fue un torrente humano. Se precipitaban de cabeza, o con los pies hacia adelante, o de costado, o rodando sobre sí mismos, retorciéndose, reptando, hechos un ovillo, acurrucados.

De vez en cuando uno se aferraba de un candelero o una cuerda, pero el peso de los cuerpos que venían detrás los arrancaban de su asidero.

Vi a un hombre chocar, de cabeza y de frente, en la bita de estribor. La cabeza se le partió como un huevo. Me di cuenta de lo que se venía, salté al techo del camarote, y de ahí a la propia vela mayor. Ah Choon y uno de los norteamericanos trataron de seguirme, pero yo les llevaba la delantera. El norteamericano fue barrido y lanzado por la borda de babor como una paja. Ah Choon se tomó de una cabilla de la rueda del timón y cayó detrás de ella. Pero una fornida wahine (mujer) de Rarotonga -debe de haber pesado unos ciento veinte- fue precipitada sobre él y le rodeó el cuello con un brazo. Él se aferró del timonel kanaka con el otro brazo, y en ese momento la goleta viró a estribor.

La precipitación de cuerpos y la ola que llegaba por el pasillo de babor, entre el camarote y la barandilla, giraron de golpe y se volcaron por estribor. Y desaparecieron los tres: la wahine, Ah Choon y el timonel; y juro que vi a Ah Choon lanzarme una sonrisa, con filosófica resignación, cuando pasaba por sobre la baranda y caía.

La tercera ola -la mayor de las tres- no provocó tanto daño. Para cuando llegó, casi todos se encontraban en la arboladura. En cubierta, una docena, más o menos, de desdichados que boqueaban, semiahogados y semiatontados, rodaban o trataban de arrastrarse hasta un lugar seguro. Cayeron por la borda, lo mismo que los restos de los otros dos botes. Los demás compradores de perlas y yo, entre una y otra ola, conseguimos meter a unas quince mujeres y niños en el camarote y fijar listones en la puerta. De poco les sirvió, a las pobres criaturas, al final.

¿Viento? En toda mi experiencia, no habría creído posible que el viento soplase como lo hacía. No es posible describirlo. ¿Cómo se puede describir una pesadilla? Lo mismo ocurría con el viento. Nos arrancaba la ropa del cuerpo. Digo que la arrancaba, y eso quiero decir. No le pido que me crea. Hay ocasiones en que ni yo mismo lo creo. Lo pasé, y eso basta. No era posible enfrentar ese viento y vivir. Era una cosa monstruosa, y lo más monstruoso de todo fue que crecía en intensidad y seguía creciendo.

Imagine incontables millones y billones de toneladas de arena. Imagine esa arena volando a ciento cuarenta, ciento cincuenta, ciento noventa o cualquier otra cantidad de kilómetros por hora. Imagine, además, que dicha arena es invisible, impalpable, pero que conserva todo el peso y la densidad de la arena. Haga todo eso, y podrá formarse una vaga idea de lo que era aquel viento.

Tal vez la arena no sea la comparación adecuada. Considérelo fango, invisible, impalpable, pero pesado como el fango. No, mucho más. Considere que cada molécula del aire es un montículo de fango. Luego trate de imaginar el multitudinario impacto de los montículos de fango. No; es superior a mí. El lenguaje puede bastar para expresar las situaciones corrientes de la vida, pero no es capaz de expresar las condiciones de las bocanadas de un viento tan enorme. Mejor habría sido que me atuviese a mi primera intención de no intentar una descripción.

Esto diré: el mar, que se había hinchado al comienzo, fue aplastado por el viento. Más aun, pareció como si todo el océano hubiese sido succionado por las fauces del huracán, y lanzado a la porción de espacio que antes ocupaba el aire.

Es claro que nuestras velas habían sido arrancadas mucho antes. Pero el capitán Oudouse tenía en la Petite Jeanne algo que nunca vi hasta entonces en una goleta de los mares del Sur: un ancla de arrastre. Era un saco de lona, cónico, cuya boca se mantenía abierta por medio de un enorme aro de hierro. El ancla estaba afrenillada más o menos como una cometa, de modo que mordía en el agua como una cometa muerde en el aire, pero con una diferencia. Se mantenía por debajo de la superficie del océano, en una posición perpendicular. A su vez, un largo cabo la unía a la goleta. Gracias a ella, la Petite Jeanne corría de proa al viento, y a las olas que hubiese.

En verdad, la situación habría sido favorable, si no hubiéramos estado en el camino de la tempestad. Es cierto que el viento mismo arrancó nuestras velas de los palos, voló de cuajo nuestros masteleros e hizo un revoltillo con nuestros aparejos, pero aun así habríamos salido bien del asunto si no hubiésemos estado de frente respecto del centro de tormenta que avanzaba. Eso nos liquidó. Yo me encontraba en un estado de derrumbe, atontado, entumecido, paralizado, de soportar el impacto del viento, y creo que me hallaba a punto de rendirme y morir, cuando el centro cayó sobre nosotros. El golpe que recibimos fue una calma absoluta. No había un soplo de aire. El efecto fue aplastante.

Recuerde que habíamos pasado horas de terrible tensión muscular, resistiendo la aterradora presión del viento. Y luego, de pronto, la tensión desaparecía. Sé que me sentí como si estuviese a punto de hincharme, de despedazarme en todas direcciones. Pareció como si cada átomo que componía mi cuerpo rechazara a todos los demás átomos, y me vi al borde de precipitarme de manera irresistible hacía el espacio. Pero eso sólo duró un momento. La destrucción estaba sobre nosotros.

Por falta de viento y de presión, las olas se elevaron. El mar saltó, brincó, se elevó hacia las nubes.

Recuerdo que desde cada punto de la rosa de los vientos soplaba ese viento inconcebible hacia el centro de calma. El resultado fue que las olas saltaban desde todos los puntos de la brújula. No había viento que las detuviera. Brotaban como corchos soltados en el fondo de un cubo de agua. No tenían sistema ni estabilidad. Eran olas huecas, maniáticas. Tenían por lo menos veinticinco metros de altura. No eran olas. No se parecían a ola alguna que hubiese visto un ser humano.

Eran salpicaduras, monstruosas salpicaduras... eso es todo. Salpicaduras de veinticinco metros de alto. ¡Veinticinco! Más de veinticinco. Pasaban por sobre la punta de los mástiles. Eran estallidos, explosiones. Estaban ebrias. Caían por todas partes, de cualquier manera. Se empujaban unas a otras; chocaban. Se precipitaban juntas y se desplomaban la una sobre la otra, o se despedazaban como mil cascadas a la vez. No era un océano con el cual hombre alguno hubiese soñado nunca, ese centro del huracán. Era la confusión triplemente confundida. Era la anarquía. Era un pozo infernal de agua oceánica enloquecida.

¿La Petite Jeanne? No sé. El pagano me dijo después que él no sabía. Quedó literalmente despedazada, desgarrada, hecha pulpa, aplastada hasta convertirse en leña menuda, aniquilada. Cuando volví en mí, me encontraba en el agua, nadando en forma mecánica, aunque estaba dos tercios ahogado. No recuerdo cómo llegué allí. Recuerdo haber visto a la Petite Jeanne volar en pedazos en lo que debe de haber sido el instante en que mi conciencia me fue arrebatada. El viento volvía a soplar, las olas eran mucho menores y regulares, y supe que habíamos pasado por el centro. Por fortuna no había tiburones a la vista. El huracán terminó por dispersar a la hambrienta horda que rodeaba al barco de la muerte y se alimentaba de sus cadáveres.

Era más o menos el mediodía cuando la Petite Jeanne quedó hecha pedazos, y debe de haber sido cuatro horas más tarde cuando me alcé con una de sus tapas de escotilla. En ese momento caía una densa lluvia, y una pura casualidad nos arrojó a mí y a la tapa de escotilla juntos. Un corto cabo de cuerda colgaba de ella, y supe que podría sostenerme por lo menos un día, si no volvían los tiburones. Tres horas después, quizás un poco más, aferrado a la tapa y con los ojos cerrados, concentrado todo mi ser en la tarea de respirar suficiente aire para mantenerme con vida, y al mismo tiempo, en evitar tragar suficiente agua para ahogarme, me pareció oír voces. La lluvia había cesado, y el viento y las olas amenguaban maravillosamente. A unos seis metros de mí, sobre otra tapa de escotilla, se encontraban el capitán Oudouse y el pagano. Luchaban por la posesión de la tapa... por lo menos el francés.

-¡Palien noir! -le oí gritar, y al mismo tiempo lo vi lanzar un puntapié al kanaka.

El capitán Ooudouse había perdido todas las rodas, salvo los zapatos, y eran zapatones pesados. Fue un golpe cruel, pues le dio al pagano en la boca y la punta de la barbilla, atontándolo a medias. Esperé su respuesta, pero se conformó con nadar en derredor, desamparado pero seguro, a unos tres metros de distancia. Cada vez que una oleada lo acercaba, el francés, aferrado con las manos, lo pateaba con ambos pies. Además, en el momento de asestar cada puntapié, llamaba al kanaka pagano negro.

-¡Por dos céntimos voy allá y te ahogo, animal blanco! -grité.

El único motivo de que no lo hiciera fue que me sentía muy cansado. El solo pensar en el esfuerzo de nadar hasta allá me daba náuseas. De modo que llamé al kanaka para que se acercase a mí, y me dispuse a compartir con él la tapa de escotilla. Me dijo que se llamaba Otoo; también me dijo que era nativo de Borabora, la isla más occidental del archipiélago de la Sociedad. Como me enteré luego, fue el primero en apoderarse de la otra tapa de escotilla, y al cabo de un rato, al encontrar al capitán Oudouse, se ofreció a compartirla con él, y obtuvo como recompensa la serie de puntapiés.

Y así fue como nos reunimos por primera vez, Otoo y yo. No era un luchador. Era todo dulzura y suavidad, una criatura de amor, aunque tenía un metro ochenta de estatura, y los músculos de un gladiador. Poseía el corazón de un león, y en los años que siguieron lo vi correr riesgos que a mí jamás se me habría ocurrido aceptar. Quiero decir que si bien no tenía el espíritu de un combatiente, y aunque evitaba precipitar una pendencia, jamás huía de las riñas, cuando comenzaban. Y cuando entraba en acción había que cuidarse de él. Nunca olvidaré lo que le hizo a Bill King. Ocurrió en la Samoa alemana. Bill Ring era considerado el campeón de peso pesado de la Armada norteamericana. Era una enorme bestia, un verdadero gorila uno de esos tipos de puños duros y carácter violento, y muy listo para manejar las manos. Fue él quien inició la reyerta, y propinó dos puntapiés a Otoo, y un golpe de puño antes que éste entendiera que era necesario pelear. No creo que la riña durase más de cuatro minutos al cabo de los cuales Bill King era el desdichado dueño de cuatro costillas rotas un antebrazo fracturado y un omóplato dislocado. Otoo no sabía nada acerca del pugilismo científico. No era más que un aporreador, y Bill King necesitó unos tres meses para recuperarse del aporreo que recibió esa tarde, en la playa de Apia.

Pero me adelanto en mi narración. Compartimos la tapa de escotilla. Nos turnábamos, uno se echaba sobre la tapa y descansaba, en tanto que el otro, sumergido hasta el cuello, no hacía más que sostenerse con ambas manos. Durante dos días y sus noches, turnándonos, en la tapa y en el agua, derivamos hacia el océano. Hacia el final, yo deliraba casi todo el tiempo; y también había ocasiones en que oía a Otoo farfullar y desvariar en su lengua nativa. Nuestra continua inmersión nos impedía morir de sed, aunque el agua de mar y el sol nos convertían en la más bonita combinación de encurtidos humanos en salmuera, quemados por el sol.

A la postre semiechado en la playa, a unos cinco metros del agua, protegido del sol por un par de hojas de cocotero. Nadie sino Otoo habría podido arrastrarme hasta allí y arrancar las hojas para darme sombra. Él se hallaba echado a mi lado. Me desvanecí de nuevo, y cuando volví en mí otra vez, era una noche fresca y estrellada, y Otoo me apretaba contra los labios un coco del cual me hacía beber.

Éramos los únicos sobrevivientes de la Petite Jeanne. El capitán Oudouse debe de haber sucumbido de agotamiento, porque varios días después su tapa de escotilla llegó a la costa sin él. Otoo y yo vivimos con los nativos del atolón durante una semana, en que fuimos rescatados por un crucero francés y llevados a Tahití. Pero entretanto habíamos cumplido con la ceremonia de intercambiar nombres. En los mares del Sur esa ceremonia une a dos hombres en mucha mayor medida que los lazos de sangre. La iniciativa fue mía, y Otoo se mostró arrobadoramente encantado cuando lo sugerí.

-Está bien -dijo en tahitiano-. Pues fuimos compañeros, juntos, durante dos días, en los labios de la Muerte.

-Pero la Muerte tartamudeaba -sonreí.

-La tuya fue una acción valiente, amo -replicó-, y la Muerte no tuvo la suficiente vileza para hablar.

-¿A qué viene eso de "amo"? -le pregunté con gran exhibición de sentimientos heridos-. Hemos intercambiado nombres. Para ti soy Otoo. Para mí eres Charley. Y entre tú y yo, por siempre jamás, tú serás Charley y yo Otoo. Es la costumbre. Y cuando nos toque morir, si ocurre que volvemos a vivir en algún lugar, más allá de las estrellas y del cielo, tú seguirás siendo Charley para mí, y yo Otoo para ti.

-Sí, amo -respondió, con los ojos luminosos y tiernos de alegría.

-¡Otra vez! -exclamé, indignado.

-¿Qué importa lo que dicen mis labios? -argumentó-. Son nada más que mis labios. Pero siempre pensaré en Otoo. Cuando piense en mí, pensaré en ti. Cuando los hombres me llamen por mi nombre, pensaré en ti. Y más allá del cielo, siempre y por la eternidad, serás Otoo para mí. ¿Está bien, amo?

Oculté mi sonrisa y contesté que estaba bien.

Nos separamos en Papeete. Yo me quedé en tierra para recuperarme, y él fue en un balandro a su propia isla, Borabora. Seis semanas más tarde se encontraba de regreso. Me sorprendió, porque me había hablado de su esposa, y me dijo que volvía con ella, y que dejaría de hacer viajes prolongados,

-¿Adónde vas, amo? -me preguntó luego de nuestros primeros saludos.

Me encogí de hombros. Era una pregunta difícil.

-A todo el mundo -fue mi respuesta-, a todo el mundo, y todos los mares, y todas las islas que existen en el mar.

-Iré contigo -dijo con sencillez-. Mi esposa ha muerto.

Nunca tuve un hermano, pero por lo que he visto de los hermanos de otros, dudo de que hombre alguno haya tenido jamás un hermano que fuese para él lo que Otoo fue para mí. Fue hermano, y además padre y madre. Y esto lo sé: viví como un hombre más recto y mejor, gracias a Otoo. Los demás hombres me importaban poco, pero tenía que llevar una vida recta ante los ojos de Otoo. Por él, no me atrevía a enlodarme. Me convirtió en su ideal, y me temo que me formó con su propio afecto y adoración; y hubo ocasiones en que me hallé muy cerca del profundo hoyo del infierno, y me habría zambullido en él si no me hubiese contenido el pensar en Otoo. Su orgullo por mí penetró en mi ser, hasta que se convirtió en una de las principales regias de mi código personal el no hacer nada que pudiese disminuir ese orgullo.

Por supuesto, no me enteré en seguida de cuáles eran sus sentimientos hacia mí. Jamás criticaba, nunca censuraba; y poco a poco vislumbré el empinado rango que ocupaba en su opinión, y poco a poco llegué a comprender la herida que podía inferirle si era algo menos que lo mejor.

Pasamos diecisiete años juntos; durante diecisiete años estuvo al lado de mi hombro, vigilándome mientras dormía, curándome fiebres y heridas... sí, y recibiendo heridas en peleas en mi defensa. Viajaba como tripulante en los mismos barcos que yo, y juntos recorrimos el Pacífico, desde Hawai hasta Sydney, y desde el estrecho de Torres hasta las Galápagos. Hicimos el tráfico de negros desde las Nuevas Hébridas hasta las islas Línea, hacia el oeste, pasando por las Luisiadas, Nueva Bretaña, Nueva Irlanda y Nueva Hanover. Naufragamos tres veces: en las Gilbert, en el grupo Santa Cruz y en las Fiji. Y él comerciaba y salvaba barcos cada vez que surgía la promesa de un dólar en forma de perlas y madreperla, bêche-de-mer, carey y restos de naufragios.

Todo empezó en Papeete, inmediatamente después de su anuncio de que recorrería conmigo todo el océano, y las islas que lo salpicaban. En esos días había un club en Papeete,

donde se reunían los compradores de perlas, los traficantes, los capitanes y la resaca de los aventureros de los mares del Sur. El juego se hacía con puestas altas, y la bebida corría a raudales; y mucho me temo que yo trasnochaba más de lo que era conveniente o decoroso. No importa cuál fuese la hora, cuando abandonaba el club, allí estaba Otoo, esperándome para llevarme a casa.

Al principio, yo sonreía; luego lo regañé. Después le dije, lisa y llanamente, que no necesitaba nodrizas. A partir de entonces ya no lo vi cuando salía del club. Muy por accidente, una semana más tarde, descubrí que continuaba acompañándome a casa, agazapado en la acera de enfrente, entre las sombras de los árboles de mango. ¿Qué podía hacer? Sé qué hice.

Sin darme cuenta, comencé a corregir mis horarios. En las noches húmedas y tormentosas, en lo más denso de la locura y la diversión, no me abandonaba el pensamiento de Otoo, en su monótona vigilia bajo los chorreantes mangos. En verdad, me convirtió en un hombre mejor de lo que era. Pero no era un mojigato Y nada sabía acerca de la moral cristiana común.

Todas las personas de Borabora eran cristianas; pero él era un pagano, el único no creyente de la isla, un grosero materialista, quien creía que cuando moría quedaba muerto. Sólo creía en el juego limpio y en la rectitud en el trato con los demás. La mezquindad, en su código, era casi tan grave como un homicidio injustificable; y creo que respetaba más a un asesino que a un hombre dedicado a prácticas mezquinas.

En lo referente a mí, se oponía a que hiciese nada que me resultara pernicioso. El juego de azar estaba bien. Él mismo era un ardoroso jugador. Pero las trasnochadas, me explicó, eran malas para la salud. Había visto morir de fiebre a hombres que no se cuidaban. No era un abstemio, y aceptaba un trago fuerte en cualquier momento, cuando había que mojarse en el trabajo en los barcos. Por otro lado, creía en la moderación en las bebidas alcohólicas. Había visto a muchos hombres muertos o deshonrados por la ginebra o el whisky escocés.

Otoo cuidaba de verdad mi bienestar. Planeaba las cosas en mi lugar, sopesaba mis propios planes, y se interesaba más en ellos que yo mismo. Al principio, cuando no tenía conciencia de su interés en mis asuntos, él se veía obligado a adivinar mis intenciones, como por ejemplo, en Papeete, cuando pensé en formar sociedad con un bribón de compatriota, en una empresa de explotación de guano. Yo no sabía que el individuo era un pillastre. Tampoco lo sabía ningún hombre blanco de Papeete. Ni Otoo, pero vio hasta qué punto andábamos juntos, y lo averiguó, y sin que yo se lo pidiera. Los marineros nativos de los confines del océano merodean por las playas de Tahití, y Otoo, sólo por suspicacia, se metió entre ellos hasta que reunió suficientes datos para justificar sus sospechas. Oh, era una bonita historia, la de Randolph Waters. No pude creerla cuando Otoo me la narró, pero cuando enfrenté a Waters con ella, se rindió sin un murmullo y se embarcó en el primer vapor que zarpaba para Auckland.

Al principio, lo confieso, no pude evitar que me molestara el hecho de que Otoo metiese la nariz en mis asuntos. Pero sabía que era por completo abnegado, y pronto tuve que reconocer su prudencia y discreción. Siempre tenía los ojos abiertos respecto de mis mejores posibilidades, y era a la vez perspicaz y de visión clara. Con el tiempo se convirtió en mi consejero, hasta llegar a saber de mis negocios más que yo mismo. Yo vivía con la magnífica negligencia de la juventud, pues prefería el romanticismo a los dólares, y la aventura a un alojamiento cómodo, con toda la noche por delante. De manera que era bueno tener a alguien que me cuidase. Sé que si no hubiera sido por Otoo, hoy no estaría aquí.

De entre numerosos ejemplos, permítame dar uno. Tenía cierta experiencia en el tráfico de negros cuando me dediqué a la compra de perlas en las Paumoto. Otoo y yo nos encontrábamos en la playa, en Samoa -en realidad nos hallábamos en la playa, y varados-,

cuando me llegó la ocasión de viajar en un bergantín como reclutador de negros. Otoo se enganchó como tripulante, y durante los seis años que siguieron, en otros tantos barcos, recorrimos las partes más salvajes de Melanesia. Otoo se ocupó de ser siempre el primer remero de mi bote. Nuestra costumbre, en el reclutamiento de trabajadores, era dejar al reclutador en la playa. El bote de protección siempre queda anclado a varias decenas de metros de la playa, en tanto que el del reclutador, con los remeros descansando, flota al borde del agua. Cuando desembarcaba con mis mercancías, dejando el remo de timón, Otoo abandonaba su banco de remero e iba hacia los escotines de popa, donde siempre había preparado un Winchester, al alcance de la mano, bajo un trozo de lona. La tripulación del bote también iba armada, con las Sniders ocultas debajo de lonas que corrían a todo lo largo de las bordas. Mientras yo me encontraba ocupado, discutiendo y convenciendo a los caníbales de cabello lanoso, de que fuesen a trabajar en las plantaciones de Queensland, Otoo vigilaba. Y muchísimas veces su voz baja me advirtió de acciones sospechosas y traiciones inminentes. En ocasiones, la primera advertencia que recibía era el veloz disparo de su rifle. Y en mi carrera al bote, su mano estaba siempre allí para subirme a bordo de un envión. Recuerdo que una vez, en el Santa Anna, los problemas comenzaron en cuanto encallamos. El bote de protección se precipitó en nuestra ayuda, pero las veintenas de salvajes nos habrían liquidado antes que llegase. Otoo se lanzó de un salto a la playa, metió ambas manos en las mercancías de trueque y dispersó en todas direcciones tabaco, cuentas, hachuelas de guerra, cuchillos y percales.

Aquello fue demasiado para los de cabello crespo. Mientras se arrebataban los tesoros unos a otros, el bote fue empujado, y ya nos encontrábamos a bordo, y a diez metros de distancia. Y en las cuatro horas siguientes conseguí treinta reclutas en esa misma playa.

El caso a que me refiero ocurrió en Malaita, la isla más salvaje de las Salomón orientales. Los nativos se habían mostrado notablemente amistosos, ¿y cómo podíamos saber que toda la isla hacía una colecta desde hacia años para comprar la cabeza de un blanco? Los malditos son todos cazadores de cabezas, y tienen una especial estima por la de los blancos. El individuo que capturase la cabeza recibiría todo lo recolectado. Como digo, parecían muy amistosos; y ese día me hallaba a cien metros del bote, playa abajo.

Otoo me había prevenido, y como ocurría siempre que no le hacía caso, me vi en problemas.

Antes que me diese cuenta de nada, una nube de lanzas brotó del pantano de mangles, en mi dirección. Por lo menos se me clavó una docena. Comencé a correr, pero tropecé en una que se me había clavado en la pantorrilla, y caí. Los de cabeza lanuda se precipitaron hacia mí, cada uno con una hachuela de mango largo, en cola de milano, para decapitarme. Estaban tan ansiosos por conseguir el premio, que se molestaban los unos a los otros. Eludí varias hachas, rodando a izquierda y derecha, en la arena.

Entonces llegó Otoo. Otoo, el aporreador. De alguna manera se había agenciado una pesada porra de guerra, y en el cuerpo a cuerpo era un arma mucho más eficiente que un rifle. Se metió entre ellos, de modo que no pudieran lancearlo, en tanto que sus hachas parecían poco menos que inútiles. Luchaba por mí, y tenía una verdadera furia demencial. La manera en que manejaba la porra era sorprendente. Los cráneos de los negros se aplastaban como naranjas demasiado maduras. Sólo cuando los hizo retroceder, me levantó en brazos y corrió, recibió las primeras heridas. Llegó al bote con cuatro lanzazos, tomó su Winchester y con ella derribó a un hombre con cada disparo. Luego subimos a bordo de la goleta y nos curamos.

Pasamos juntos diecisiete años. Él me hizo. A no ser por él, hoy sería un sobrecargo, un reclutador o un recuerdo.

-Gastas el dinero, y vas y consigues más me dijo un día-. Ahora es fácil conseguir dinero. Pero cuando envejezcas, el dinero habrá sido gastado, y no podrás ir a buscar más. Yo lo sé, amo. Estudié las costumbres de los blancos. En las playas hay muchos viejos que antes fueron jóvenes, y que ganaban el dinero como tú. Ahora son viejos, y no tienen nada, y

esperan que los jóvenes como tú bajen a tierra para pedirles que les paguen un trago. El muchacho negro es un esclavo en las plantaciones. Recibe veinte dólares por año. Trabaja mucho. El capataz no trabaja mucho. Monta a caballo y mira trabajar al joven negro. Recibe mil doscientos dólares anuales. Yo soy marinero en la goleta. Me dan quince dólares por mes. Eso, porque soy un buen marinero. Trabajo mucho. El capitán tiene una toldilla doble y bebe cerveza de botellas largas. Nunca lo vi halar un cabo o tirar de un remo. Recibe ciento cincuenta dólares por mes. Yo soy un marinero. Él es un navegante. Amo, creo que te sería muy útil conocer de navegación.

Otoo me acicateó a ello. Viajó conmigo como segundo oficial en mi primera goleta, y se enorgullecía más de mi cargo que yo mismo. Más tarde fue

-El capitán recibe buena paga, amo, pero el barco se encuentra bajo su responsabilidad, y nunca se ve libre de la carga. El dueño está mejor pagado... y el dueño está sentado en tierra, con muchos criados, y multiplica su dinero.

-Es cierto, pero una goleta cuesta cinco mil dólares… y hablo de una goleta vieja -repliqué-. Seré un viejo antes de haber ahorrado cinco mil dólares.

-Hay caminos más breves para los blancos que quieren ganar dinero -dijo, y señaló la playa orlada de cocoteros.

En ese momento nos hallábamos en las Salomón, recogiendo un cargamento de marfil vegetal en la costa este de Guadalcanal.

-Entre la boca de este río y la siguiente hay tres kilómetros -dijo-. La llanura se extiende hasta mucho más allá. El año que viene (¿quién sabe?), o el otro, los hombres pagarán mucho dinero por esas tierras. Los ancladeros son buenos. Los vapores grandes pueden acercarse mucho. Puedes comprarle tierras de seis kilómetros de fondo al viejo jefe, por diez mil tacos de tabaco, diez botellas de ginebra y una Snider, que tal vez te cuesten cien dólares. Entonces dejas la escritura en manos del comisionado, y el año que viene vendes y te conviertes en dueño de un barco.

Seguí su consejo, y sus palabras se hicieron ciertas, aunque en tres años, no en dos. Después vino el negocio de las praderas en Guadalcanal, ocho mil hectáreas, en un arriendo gubernamental de novecientos noventa y nueve años, por una suma nominal. Yo fui dueño del contrato de arriendo exactamente durante noventa días, y luego se lo vendí a una compañía por la mitad de una fortuna. Y siempre era Otoo quien miraba hacia adelante y veía la oportunidad. Fue el responsable del salvataje del Doncaster; lo compró en una subasta en cien esterlinas y ganó tres mil después de pagar todos los gastos. Me condujo a la plantación de Savai y al negocio del cacao en Upolu.

Ya no navegábamos tanto como antes. Yo estaba en una posición demasiado buena. Me casé, y mi nivel de vida se elevó, pero Otoo siguió siendo el mismo de siempre, andaba por la casa o rondaba por la oficina, con la pipa de madera en la boca, una camiseta de un chelín cubriéndole el pecho y la espalda, y un lavalava de cuatro chelines en los ijares. No conseguía hacerle gastar dinero. No había forma de recompensarlo, como no fuese con cariño, y Dios sabe que lo recibió de todos nosotros en su plena medida. Los chicos lo adoraban, y si se lo hubiera podido mimar, sin duda que mi esposa lo habría arruinado.

¡Los chicos! En verdad fue él quien les enseñó a caminar por el mundo práctico. Comenzó por enseñarles a andar. Permanecía junto a ellos cuando estaban enfermos. Uno por uno, cuando apenas gateaban, los llevaba a la laguna y los convertía en anfibios. Les enseñó más de lo que yo jamás supe, sobre las costumbres de los peces y la forma de pescarlos. En el monte, lo mismo. A los siete años, Tom sabía, sobre caza y bosques, más de lo que alguna vez soñé que existiera. A los seis Mary cruzó la Roca movediza sin un estremecimiento, y yo he visto a siete hombres fuertes retroceder en el momento de intentar esa hazaña. Y cuando Frank cumplió los seis, podía recoger monedas de un chelín, del fondo del agua, a una profundidad de tres brazas.

-A mi gente de Borabora no les gustan los paganos; son todos cristianos. Y a mí no me gustan los cristianos de Borabora -me dijo un día, cuando, con la idea de hacerle gastar un poco más del dinero que le correspondía por derecho, traté de convencerlo de que visitara su isla en una de nuestras goletas: un viaje especial, en el cual abrigaba la esperanza de quebrar todas las marcas en materia de prodigalidad de gastos.

Digo una de nuestras goletas, aunque en esa época, en términos legales, me pertenecían. Tuve que luchar mucho con él para que aceptara la sociedad.

-Hemos sido socios desde el día en que se hundió la Petite Jeanne -dijo al final-. Pero si tu corazón así lo desea, nos haremos socios por ley. No tengo trabajo que hacer, y sin embargo mis gastos son grandes. Bebo y como y fumo en abundancia... y yo sé que eso cuesta mucho. No pago por jugar al billar, porque juego en tu mesa; pero aun así el dinero se va. Pescar en los arrecifes es un placer de ricos. Es escandaloso, el precio de los anzuelos y el sedal de algodón. Sí; es necesario que seamos socios por ley. Necesito el dinero. Se lo pediré al jefe de los empleados de la oficina.

Así que se redactaron los documentos, y se los registró. Un año después me vi obligado aquejarme. -Charley -le dije-, eres un perverso viejo embustero, un avaro del demonio, un desdichado cangrejo de tierra. Mira, tu parte del año en la sociedad ha sido de miles de dólares. El jefe de la oficina me dio este papel. Dice que en el año sólo retiraste ochenta y siete dólares y veinte centavos,

-¿Se me debe algo? -preguntó con ansiedad. -Te dijo que miles y miles -contesté.

El rostro se le iluminó, como con un inmenso alivio.

-Está bien -declaró-. Cuida de que ese hombre lleve bien la cuenta. Cuando lo necesite, lo querré, y no debe faltar ni un centavo. Si falta –agregó con ferocidad, luego de una pausa-, tendrá que salir del salario del jefe.

Y mientras tanto, como me enteré después, su testamento, redactado por Carruthers, en el cual me nombraba único beneficiario, se encontraba depositado en la caja fuerte del cónsul norteamericano.

Pero llegó el final, como debe llegar el final de todas las asociaciones humanas. Ocurrió en las Salomón, donde habíamos hecho nuestros trabajos más locos en los locos días de juventud, y donde estábamos una vez más, en primer lugar de vacaciones, y de pasada para inspeccionar nuestras posesiones en la isla Florida y estudiar las posibilidades de pesca de perlas en el paso Mboli. Nos hallábamos anclados en Savu, adonde llegamos para hacer trueques por curiosidades del lugar.

Ahora bien, Savu hierve de tiburones. La costumbre de los cabeza lanuda, de sepultar a sus muertos en el mar, no tendía a desalentar a los tiburones de convertir las aguas adyacentes en su lugar de cita. Quiso mi suerte que llegase a bordo de una canoa nativa minúscula, sobrecargada, cuando zozobró. En ella íbamos cuatro negros y yo, o más bien nos aferrábamos a ella. La goleta se encontraba a cien metros de allí. Me puse a gritar pidiendo un bote cuando uno de los cabeza lanuda prorrumpió en gritos. Aferrado al extremo de la canoa, tanto él como esa porción de la canoa fueron hundidos varias veces. Luego soltó su asidero y desapareció. Se lo había llevado un tiburón.

Los tres cabezas lanudas que quedaban trataron de salir del agua y treparse al fondo de la canoa dada vuelta. Grité y maldije y golpeé al más cercano con el puño, pero fue inútil. Estaban ciegos de miedo. La canoa apenas habría podido sostener a uno. Bajo el peso de los tres, se levantó y rodó de costado, lanzándolos al agua.

Abandoné la canoa y comencé a nadar hacia la goleta, en la esperanza de ser recogido por el bote antes de llegar. Uno de los cabeza lanuda prefirió seguir conmigo, y nadamos en silencio, juntos, metiendo de vez en cuando la cabeza debajo del agua para buscar tiburones. Los gritos del hombre que se quedó en la canoa nos informaron que había sido atrapado. Yo miraba por debajo del agua cuando vi pasar un enorme tiburón debajo de mí. Tenía cinco

metros de largo. Lo vi todo. Pescó al cabeza lanuda por la cintura, y allí se fue el pobre diablo, cabeza, hombros y brazos fuera del agua todo el tiempo, lanzando unos chillidos desgarradores. De esa forma fue arrastrado varias decenas de metros, y luego se hundió bajo la superficie.

Continué nadando con empecinamiento, en la esperanza de que hubiese sido el último tiburón suelto. Pero había otro. No sé si era uno 'de los que atacaron antes a los nativos, o si había hecho una buena comida en otra parte. Sea como fuere, no tenía tanta prisa como los otros. Yo ya no podía nadar con tanta rapidez, pues buena parte de mis esfuerzos estaban destinados a vigilar su avance. Estaba mirándolo cuando lanzó su primer ataque. Por mi buena suerte, pude apoyar las dos manos sobre su nariz, y aunque su impulso casi me hundió, conseguí rechazarlo. La segunda vez escapé con la misma maniobra. La tercera embestida fue un yerro por ambas partes. Se apartó en el momento en que mis manos se habrían depositado sobre su nariz, pero su piel áspera (yo llevaba puesta una camiseta sin mangas) me arrancó la mía de un brazo, del codo al hombro.

Para entonces me sentía agotado, y abandoné mis esperanzas. La goleta aún estaba a sesenta metros. Tenía metida la cara en el agua, y lo observaba maniobrar para otro intento, cuando vi pasar un cuerpo moreno entre nosotros. Era Otoo.

-¡Nada hacia la goleta, amo! -gritó. Y lo hizo con alegría, como si el asunto fuese una simple diversión-. Conozco a los tiburones. Este tiburón era mi hermano.

Obedecí, y seguí nadando con lentitud, en tanto que Otoo nadaba a mi alrededor, entre el tiburón y yo, frenando sus acometidas y alentándome.

-El aparejo del pescante se desprendió, y están aparejando las betas -me explicó un minuto más tarde, y luego se zambulló para rechazar otro ataque.

Cuando la goleta estaba a diez metros, yo me encontraba casi agotado. Casi no podía moverme. Desde el barco nos arrojaban líneas, pero siempre que daban cortas. Al ver que no recibía ningún daño, el tiburón se volvió más audaz. Varias veces se acercó a mí, pero en cada ocasión aparecía Otoo un instante antes que fuese demasiado tarde. Es claro que él habría podido salvarse en cualquier momento. Pero continuó a mi lado.

-¡Adiós, Charley! ¡Estoy listo! -pude jadear.

Sabía que había llegado el final, y que en el momento siguiente debería aflojar los brazos y dejarme caer.

Pero Otoo se rió en mi cara y dijo:

-Te enseñaré una nueva treta. ¡Haré que ese tiburón se sienta enfermo!

Se puso detrás de mí, donde el tiburón se disponía a atacarme.

-¡Un poco más a la izquierda! -gritó en seguida-. Hay un cabo allí, en el agua. ¡A la izquierda, amo... a la izquierda!

Cambié de rumbo y busqué a ciegas. Para entonces me hallaba casi inconsciente. Cuando mi mano se cerraba en el cabo, oí una exclamación desde arriba.

Me volví y miré. No había señales de Otoo. En el instante siguiente surgió a la superficie. Tenía las dos manos cortadas en las muñecas, y de los muñones brotaba sangre.

-¡Otoo! -llamó con voz suave. Y pude ver en su mirada el afecto que temblaba en su voz. Entonces, y sólo entonces, al cabo de todos nuestros años, me llamó por ese nombre.

-¡Adiós, Otoo! -exclamó.

Fue tironeado hacia abajo, y yo subido a bordo, donde me desvanecí en brazos del capitán.

Y así se fue Otoo, quien me salvó y me convirtió en un hombre, y que a la postre volvió a salvarme. Nos encontramos en las fauces de un huracán, y nos despedimos en las de un tiburón, con diecisiete años intermedios de camaradería, que me atrevo a afirmar que nunca existió entre otros dos hombres, el uno moreno y el otro blanco. Si Jehová, desde Su

altura, mira caer a todos los gorriones, no será Otoo, el único pagano de Borabora, el menos importante en Su reino.